

Derecho Humano a la Educación

V Foro de Juristas de Iberoamérica

Salamanca 2018

Siempre me ha gustado una frase, que les lanzo para la reflexión. E incluso les contaré brevemente la génesis de cómo llegó a mi vida. La mencionada frase es la de “*Ser cultos para ser libres*” Seguramente la hemos escuchado procedente de distintas fuentes, ya que son muchas las voces de políticos, filósofos y hasta revolucionarios que han enarbolado esta sentencia como si de una bandera se tratase. Lo que pasa es que aunque no hay nada nuevo bajo el sol, sí es verdad que toda vez que repetimos algo que es cierto, siempre nos parece nuevo. Es algo mágico, inherente a la verdad y es que nos postramos ante ella, nos rendimos ante su evidencia, su poder acalla todas las voces, como no podría ser de otra manera.

Cuando iba a la Universidad, mi padre me llevaba y me traía en coche un par de veces al día. Era un bonito paseo por el majestuoso Madrid de los Austrias. Y allí durante mucho tiempo permaneció abierta en el Paseo de Bailén una tiendecita preciosa, lujosa de ambiente romántico, que vendía pianos de cola. En el cristal del escaparate se mostraba un cartel de pequeño tamaño que rezaba: “*Ser cultos para ser libres*”. Yo pegaba la naricilla al cristal de la ventanilla del coche como esos niños golosos extasiados por esas tartas que se exhiben empalagosas en las pastelerías. El cartel en sí no llamaba la atención. No era un rótulo de neón, ni tenía cenefas de colores. Estaba escrito a mano con una caligrafía casi infantil, en sentido descendente. Un grafólogo hablaría de que una persona pesimista se podría esconder detrás de esas letras desiguales.

Pero lo que a mí me llamaba la atención no era el rótulo en sí, sino el contenido. Mi mente no encontraba ninguna conexión entre la libertad y la cultura, quizá porque he tenido la suerte de tener unos padres que han respetado mi libertad, dentro de los límites estructurales de lo que se puede

llamar libertad en una niña y en una adolescente que necesita una educación. Por otra parte se sacrificaron para darme la mejor de las educaciones. Sin embargo con el paso del tiempo he entendido el significado de esa sentencia. No se refiere solamente a ser cultos en el sentido de ser un ilustrado que lee la prosa Hegeliana o busca el leitmotiv de las piezas musicales de Tchaikovski, o sabe resolver una integral por el método del cambio de variable, sino la de educarse para no ser un ignorante en la oscuridad del analfabetismo, bailando como una marioneta a merced de lo que las miserias de la colectividad quiera que sea.

Yo les lanzo la frase escrita al revés ¿Habría que ser libres para ser cultos? Parece como si entráramos en una especie de recurrencia sin solución aparente ¿O sí?

Ahora se cumple el 70 aniversario de la Declaración de los Derechos Humanos por parte de la Organización de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948 en la ciudad de París. Fue un texto elaborado por dirigentes procedentes de todas las regiones del mundo con antecedentes culturales diversos que luchaban por la búsqueda de un ideal común para los pueblos. Ninguno de los 56 miembros votó en contra de ese texto emblemático, de ese hito histórico. Solamente se abstuvieron Arabia Saudita, Unión Soviética y Sudáfrica. Pues bien, el artículo 26 de esa declaración nos habla de que toda persona tiene derecho a la educación y de que ésta debe ser gratuita, al menos en la instrucción básica y primaria.

Pero es que la educación no es solamente instruir, sino promover la amistad, la tolerancia, la comprensión y la paz entre los pueblos, naciones y diferentes grupos étnicos y religiosos. *“Es el fortalecimiento del respeto a los Derechos humanos y a las libertades fundamentales”* como desarrolla parte del artículo.

Yo doy clase de Mecánica de Fluidos en la Universidad y, mi tarea es, no solamente transmitirles conocimientos, sino enseñarles a pensar, a ser críticos. En mi trabajo a veces represento una especie de obra de teatro, ayudada por esa enorme tarima en la que estoy subida, tratando de humanizar y verbalizar el contenido de los libros que a veces se les presentan hieráticos y fríos. A veces no lo consigo y siento que sus mentes se ausentan de mi aula y de mi

espacio de comunicación, pero otras veces, veo a setenta u ochenta estudiantes en la veintena con el móvil “aparcado” en la mesa – harto difícil de creer- con la boca literalmente abierta como en un acto metafórico de absorber más conocimiento, y escuchándome explicar la ecuación de la variación de la cantidad de movimiento como si de un capítulo de Star Trek en la guerra de la Federación con el imperio Klingon se tratase. En ese momento, además de prenderme una medallita en la solapa, sí, esas de las que alimentan mi ego, siento que estoy en el camino de quitarles el miedo a lo desconocido, siento que hacen suya esa ecuación, interesándose por su utilidad. Siento que la perciben, la entienden, y la maduran en su interior como otro de los actos cotidianos más de su día a día. Y yo tengo la responsabilidad de que aprendan a aprender. Nunca les voy a enseñar a colgar un cuadro ni a cambiar la correa del ventilador del coche, pero les voy a dar una caja de herramientas con diferentes destornilladores, alicates y llaves para que con su saber hacer, la lógica, el sentido común, esfuerzo y alguna que otra dosis de imaginación, tengan el mundo a sus pies.

Decía Humberto Maturana que educar es desarrollar esa armonía fundamental que no destruye, que no abusa y que no explota, esa armonía que deja ser al otro sin sometimiento y que respeta el mundo natural en el que vivimos, sin intentar dominarlo.

La educación es el mayor poder que tenemos para transformar el mundo, para abrir la mente a la libertad.

El negar la educación a una persona es el negarle su derecho al desarrollo personal individual y social

Es tarea de todos nosotros el que nuestra sociedad esté formada, educada y que sea justa y responsable. Debemos conseguir que los miembros de la sociedad en que vivimos además de ser educados y cultos sepan emitir juicios y ser críticos.

Ojalá sea posible